

Nueva Sociedad Nro. 150 Julio-Agosto 1997, pp. 40-45

LAS DOS CARAS DE LA MONEDA

Diamela Eltit

Diamela Eltit: narradora y ensayista chilena; entre sus obras están *El padre mío*, *Los vigilantes* y *Vaca sagrada*.

Palabras clave: 11 de septiembre de 1973, Pinochet, Chile.

Me pregunto: cuál sería la manera posible de referirse a la historia política chilena cuando esa historia es a la vez personal, corporal, sin caer en el absorto vértigo testimonial o en el previsible ejercicio de construir una mirada «inteligente» o distante sobre acontecimientos que radican caóticamente –sin principio ni fin– en la memoria y cuyas huellas perviven en una atemporalidad transversal que, a menudo, asalta perceptiblemente en el presente. Pienso en cómo hablar cuando no se proviene de las ciencias sociales o de la política o de una disciplina particular que examine concienzudamente los hitos sociopolíticos y sus nexos. Pienso, desde mi lugar literario, que quizás en la palabra «golpe» pueda radicar una clave para aproximarme a esa historia, a la historia marcada por los acontecimientos del 11 de septiembre de 1973 en Chile.

Digo *golpe* en los sentidos múltiples que esa palabra alcanza en el siquismo de cada sujeto. en la diversidad de resonancias que esa palabra tiene en el interior de cada sujeto, digo golpe pensando, por ejemplo, en cicatriz o en hematoma o en fractura o en mutilación. Digo golpe como corte entre un instante y otro, como sorpresa, como accidente, como asalto, como dolor, como juego agresivo, como síntoma. El golpe, territorio privilegiado y repetido de la infancia, cuya frecuencia ocurre bajo la forma de la caída o del ataque, es quizás la primera memoria, la primera práctica en la que se internaliza de manera carnal esa palabra cuando el cuerpo estalla materialmente como cuerpo o aparece en su diferencia con lo otro –el otro– ese precoz contrincante que se diagrama como cuerpo enemigo desde el golpe mismo. Si esa palabra se extiende a golpe de Estado, a programa, a la forma política de saldar una diferencia de opciones, implica de una u otra manera la reedición de ese primer tiempo, una regresión hacia las pulsiones primeras, hacia los primeros miedos, hasta retroceder a los momentos en que se desatan las incontenibles iras iniciales.

Sin duda, el 11 de Septiembre en Chile, no tuvo un efecto único en el conjunto de la civilidad. El golpe fue celebrado por aquellos que simbólicamente, política y económicamente se hicieron parte de los militares, de los ejércitos de soldados

de plomo que, poniendo en marcha su estudiada épica de la guerra, se abrieron paso con el fin de interceptar un recorrido político que les pareció inadecuado para su proyecto y se abocaron a generar un sistema de un violento autoritarismo, que pensado desde el presente no puedo dejar de asociar, lo repito, más allá de la multiplicidad de sentidos posibles, con niños tiranos, con un poder que se deseó omnímodo y que proliferó sus deseos de ordenamiento de la realidad tras la búsqueda de una prolijidad militar, rayana en la locura, en el interior de los estamentos civiles.

El ataque a la diferencia fue múltiple e incesante. La escisión entre un nosotros y los otros, puros e impuros, patriotas y extremistas dio inicio al monótono y sostenido binarismo mediante el cual se regimentaron los cuerpos. El cuerpo, como foco político, se convirtió en un trágico territorio modélico de disciplinamiento. Modelo que se hizo primordial a través de la tortura, el crimen y la desaparición.

Quiero volver al día 11 de Septiembre y a su abrumador despliegue escenográfico que emergió inauguralmente marcado por los signos que después iban a multiplicarse a lo largo de 17 años.

Ese día, los uniformes de los soldados sobresaturados con distintivos, con sus rostros tiznados, las armas en posición de ataque, fueron las figuras decisivas para señalar una atmósfera de guerra que parecía provenir de una conocida cinematografía hollywoodense bruscamente traspasada a la neutra y acotada ciudad de Santiago. La imagen del soldado armado hasta los dientes, cuya mira móvil e inestable buscaba un enemigo, se hizo simétrica y funcional con los rígidos bandos militares que numerados, en ese orden maniaco que ya no iba a cesar, notificaban a la población de una orden y otra orden que debía de cumplirse, pues más allá de las voces enfáticas y de los bandos radiales, afuera, en las ciudades, los soldados recorrían las calles, vigilantes y en actitud de ataque, montados en tanques y camiones con poses en las que ya era imposible distinguir la posible impostación (cinematográfica), de un real deseo de eliminar a cuánto «enemigo» se cruzara por el camino.

La voz del presidente Salvador Allende se escuchó, con algunas interferencias, a través de dos radios que no habían sido aún intervenidas, esas radios estaban transmitiendo el que iba a ser su último discurso presidencial, un discurso que se emitía desde la Casa de Gobierno y que, más allá de su carácter de dramático documento histórico, invocaba a los trabajadores, al devenir democrático y llamaba a mantener una cautelosa resistencia y, en el interior de la cautela que el discurso pedía a sus simpatizantes y devotos, podían inferirse los signos depresivos de un líder enfrentado a la situación de un golpe de estado que a esa hora, él ya sabía y nosotros sabíamos –atendiendo a los matices decaídos de su tono– se había vuelto irreversible.

Y más allá de los bandos militares y de los soldados estaba la inminencia del bombardeo a la Casa de Gobierno –La Moneda– en donde los aviones de guerra iban a lanzar sus bombas nada menos que sobre el centro de la ciudad. Iban a lanzar sus bombas, en pleno centro, para desalojar definitivamente al presidente Salvador Allende y se iba a desalojar así un pedazo de historia democrática que iba a ser entendida –eso lo iban a asegurar después –como extirpable de un «cáncer marxista».

Y todavía más allá de los bandos, de los soldados, de la inminencia del bombardeo a La Moneda –que avisaban sería al mediodía– un número indeterminado de aviones establecía un vuelo rasante sobre la ciudad, el enloquecedor sonido del vuelo rasante de esos aviones que parecía que de un momento a otro se iban a venir cuesta abajo para despeñarse sobre el techo de una casa (de mi casa, de la de mi vecino –cómo explicarlo– de todas las casas).

Y también los disparos. Ráfagas intermitentes de metralletas que empezaban a instalarse como un sonido posible en la ciudad, Por aire y por tierra. Y en las ciudades costeras, por aire, por tierra, por mar, las fuerzas armadas mostraban su alucinante poderío armado que estaba desplegándose y desplegándose para vencer a ese enemigo que estaba solapado en cuanta esquina, resquicio o escondite permitiera el territorio y que, poco a poco, por los vuelos rasantes, por los sonidos de las ametralladoras, por el aviso de bombardeo, por las caras tiznadas, ese enemigo iniciaba su inserción en un pedazo del cerebro de cada uno de aquellos que estábamos horrorizados por lo que estaba sucediendo y en medio del horror y de la pena, ya nos habíamos convertido simbólicamente en ese enemigo extremista que buscaban, en el enemigo extremista que había destrozado el impecable y legendario orden chileno y que había que eliminar para restituirle a la nación contaminada, su pureza originaria.

Ese 11 de Septiembre, aún antes de mediodía, antes del bombardeo, la escenografía ya estaba determinada por el orden de las marcas extendidas en la ciudad. La forma de la guerra se había consolidado en un montaje imposible de eludir. El fascismo, que sólo circulaba como una forma pesquisable en micro situaciones, se había vuelto concreto, invasivo, se incrustaba en una ciudad configurada por nuevos signos que pregonaban una refundación nacional. Una refundación obligatoria y selectiva que, para volver a llevar a cabo su empresa mesiánica, miraba de manera absorta a los cuerpos y los ponía bajo el microscopio del procedimiento militar.

Al mediodía, ya La Moneda literalmente ardía por los cuatro costados, el bombardeo se había consumado y la Casa de Gobierno fulguraba con sus llamas. Sobre el espectáculo del incendio se erigía, superponiéndose, el nuevo régimen que seguía y seguía emitiendo sus bandos radiales a la población, parcas proclamas que no informaban sino que iban notificando el transcurrir de medidas y acciones con las que se iba ganando una causa ganada de antemano. Los enfáticos y, por qué no decirlo, estridentes himnos militares

copaban las radios remarcando un estado patriótico suspendido sobre lo definitivo de sus recursos.

La televisión intervenida por la emisión incesante de dibujos animados –que de ninguna manera pueden ser leídos inocentemente en medio de la consolidación de un autoritarismo extremo– bloqueaba, en un sentido tragicómico, la información. El Pato Donald y sus amigos ocupaban las pantallas. Así, las imágenes oficiales de las primeras horas fueron los dibujos animados que, bajo el pretexto de distraer a la población infantil, daban cuenta, a la vez, de una didáctica, de la voluntad irónica por infantilizar a la población o bien de la mirada jerarquizadora de los nuevos poderes que emergían, cuya voluntad era mantener la civilidad en un estado de control y dependencias infantiles, supeditados a los avatares de los dibujos animados que, con sus voces distorsionadas, dejaban al final de cada cápsula una moraleja edificante.

En esas horas, se dictaminó Estado de sitio. La ciudad quedaba así des poblada de cualquier cuerpo que no fuera el militar. Cualquier cuerpo que no correspondiera al cuerpo militar podía ser asesinado porque el tránsito por la ciudad ya estaba prohibido, la ciudad perdía así su carácter público para convertirse en un campo minado. El Estado de sitio abría una nueva escisión que, a lo largo de 17 años, se iba a mantener con distintos rigores, dividiendo, reterritorializando los espacios al separar, de manera radical, la habitación de los cuerpos entre lo público y lo privado, entre el adentro y el afuera, entre la seguridad y el peligro.

No se podía salir a la calle, pero, lo más importante, no se podía transitar el afuera porque el afuera ya no pertenecía, había sido despojado de su carácter comunitario. Ese afuera, entonces, se transformaba en un territorio proscrito, librado a las imágenes de una imaginación que no podía ser llenada, en esas circunstancias, sino con el imaginario de la sangre y de la guerra.

En alguna hora de la tarde, los dibujos animados fueron reemplazados brevemente por la información objetiva y distanciada que señalaba que el presidente Salvador Allende había muerto, se había suicidado en el interior de La Moneda, una información escueta, emitida con una marcada indiferencia para así politizar la nueva hegemonía y presentar como absoluto e impenetrable el dominio militar.

La televisión desplazó a la radio y se hizo sede, entre una y otra caricatura, de los bandos militares emanados de la nueva Junta Militar. Los bandos conminaban a entregar las armas llamaban a los líderes políticos del gobierno de la Unidad Popular a entregarse en las unidades militares que se iban estipulando, invocaban también al patriotismo de la población para denunciar el extremismo, porque extremismo era la palabra que alcanzaba un extenso sentido general, ese sentido que se estaba inscribiendo, al cabo de las horas, con una fuerza negativa en lo que iba a ser el nuevo léxico nacional.

Al atardecer, en medio de una cronología afiebrada, irrumpió en las pantallas de la televisión la solemnidad del himno nacional. El himno nacional fue el Marco para recibir a la Junta Militar que se iba a dirigir, por primera vez, al país que ya fácticamente gobernaba desde las primeras horas de esa mañana. A la manera de un film de suspenso que administraba tensamente sus materiales protagónicos, los uniformados de las cuatro ramas de ejército se presentaban ante las cámaras, sentados detrás de una mesa rimbombante, para dar el Mensaje inaugural del nuevo gobierno.

Por primera vez, para algunos de nosotros, aparecía públicamente el rostro que no iba a cesar, porque era el general Pinochet quien encabezaba la nueva Junta, amparado tras lentes oscuros, escamoteando la dirección de su mirada, una mirada imposible de detectar detrás de esos lentes que eran otra forma de blindaje, ratificándose la implantación de una atmósfera rígida, solventada por el nuevo lenguaje público que perseguía una comunicación idéntica a los bandos militares, idéntica por su abismante escasez, por su tono impositivo, por la palabra seca y oclusiva que circulaba por la cara menos que impasible de lo que semejaba a un padre arcaico que, desde la convincente teatralidad de su enojo, parecía decidido a tomar cualquier medida para demostrar la plenitud de su poder patriarcal.

Los cuerpos de los militares que encabezaban el golpe comparecían, en las últimas horas de la tarde, como el último elemento que faltaba para completar la escenografía, esa puesta en escena de una obra política que se iba a representar por los próximos 17 años. Allí estaban, sentados tras una mesa oficial, los cuatro uniformados elaborando discursos entrecortados y no exentos de confusión, señalando el fin de los partidos políticos, el fin de prácticamente todo para dar inicio a una nueva era –la era del orden– en las postrimerías de uno de los días chilenos más álgidos y caóticos del siglo.

La imagen televisiva de los cuatro jefes de las ramas militares los introducía en el interior de las casas cuando esos mismos cuatro uniformados ya habían tomado el control de lo público mediante la inoculación programática del miedo ciudadano para reducir así la civilidad al espacio doméstico. Espacio doblemente domesticado luego que la implantación del Estado de sitio había dictaminado toque de queda total y la suspensión del ejercicio de todos los derechos civiles.

En esas horas, afuera, los diversos espacios se volvían ya ajenos y clandestinos porque la ciudad, radicalmente intervenida, multiplicaba sus gestos de muerte. Miles de ciudadanas y ciudadanos habían sido detenidos a lo largo del país y eran conducidos hasta centros militares y estadios deportivos. Un número considerable de hombres fue ejecutado durante las horas en que transcurría el golpe. Más de una persona murió en el interior de su casa por los efectos de una bala loca disparada por el gesto compulsivo y perverso de un

soldado que se perdió tras un definitivo anonimato. Sabíamos de esas muertes porque, aunque carentes de noticias, la atmósfera de esas horas ya las contenía en su nítida sintaxis.

Un aprendizaje apresurado y violento alteraba velozmente los signos culturales. Junto con las marcas de una cultura de muerte se erigía paralela la cultura de la sobrevivencia, se abría paso la necesidad de organizar una nueva lectura de signos para pervivir, para atravesar la mera sobrevivencia y lograr habitar en medio de poderes que resultaban adversos y antagónicos para aquellos que estábamos cruzados por un imaginario político antidictatorial.

La lectura de los nuevos signos implicaba la internalización lúcida de los sucesos que estaban aconteciendo. Leer analíticamente ese poder militar central, aliado a un sector considerable de fuerzas civiles y aun de fuerzas internacionales, como una explosión de incalculables proporciones frente a la cual se trastocaban las lógicas, leer en medio de esa explosión desmesurada de poder, que parecía injustificable, como, sin embargo, se erigía un discurso (político) que sostenía los desmanes y los avalaba mediante una retorcida retórica.

Y después, a lo largo de 17 años, habitar, leer y releer los sentidos de los poderes centrales, no olvidar nunca más la relación histórica entre cuerpo, poder e indefensión. No dejar de leer que lo que estaba detrás del avasallamiento a los cuerpos, aquello no dicho, radicaba en un deseo económico, en una forma salvaje de repactar el capital. Se trataba de recuperar la concentración de los bienes a costa de la exacerbación del cuerpo –especialmente de los cuerpos populares empujados al límite de la carencia, abusados en impresionantes sesiones de tortura, en inacabables humillaciones mentales.

El escenario del 11 de Septiembre fue, especialmente, una escenografía ornamentada, tiznada, travestida de valores patrióticos que, en realidad, sólo buscaba la implantación de un capitalismo radical, camuflado detrás de discursos estereotipados que nombraban sin cesar la patria, el orden y a la integridad de la familia chilena mientras se extendían, clandestinos, los espacios de la reclusión y el despido masivo de trabajadores no adictos al sistema. La integridad nacional se inscribía en las proclamas televisivas que incitaban a la delación como signo de una valiosa muestra patriótica. El nosotros (esa alianza cívico-militar) fue construyéndose contra los otros, los enemigos, que iban a victimarlos desde no se sabía cuál método.

Los únicos ejes discursivos visibles descansaron solamente en la ecuación binaria de ese nosotros y los otros, esa ecuación única para poner en marcha lo que estaba escamoteado: la persistente, refinada y compleja operación de desmantelamiento progresivo del Estado de cara a una población civil imposibilitada de realizar cualquier gesto de repudio. Detrás de la represión,

más atrás de la grave crisis de derechos humanos, el desmantelamiento del Estado estaba supeditado a la filiación irrestricta a un liberalismo que se iba a convertir en triunfo, verdad y dogma esencialista.

Hoy que Chile persiste –jubilosamente– en esa economía que se funda teóricamente en el relativismo para posibilitar así el compra y vende, el compra y vende y el derecho (obligación y deber) a la deuda como forma pseudo democratizadora, pues no deja de ser significativo recordar que el día 11 de Septiembre se produjo –histórico, histérico– el bombardeo a la moneda. A La Moneda esa. Otra.